

EL LELOIR QUE CONOCIMOS

*Conferencias pronunciadas por los doctores Rodolfo R. Brenner,
Luis A. Quesada Allué y Marcelo Dankert en la sesión pública
de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires,
acto organizado por el Instituto de Investigación y Desarrollo,
el 20 de mayo de 2011*

La publicación de los trabajos de los académicos y disertantes invitados se realiza bajo el principio de libertad académica y no implica ningún grado de adhesión por parte de otros miembros de la Academia, ni de ésta como entidad colectiva, a las ideas o puntos de vista de los autores.

Presentación

por el Académico Titular Dr. Marcelo A. Dankert

En Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, UNESCO, se proclamó al año 2011 como el AÑO INTERNACIONAL de la QUÍMICA.

El motivo principal de esta decisión fue despertar interés en la gente en general, por esta ciencia tan poco conocida, o tal vez temida, por el gran público.

La excusa elegida fue el haber transcurrido 100 años desde el otorgamiento del Premio Nobel de Química a una mujer extraordinaria, María Curie, o mejor, María Sklodowska de Curie.

María Curie fue, además, la primera profesora, es decir, mujer, de la Sorbona, y la única persona que recibió dos premios Nobel en áreas diferentes: Física, compartido con Henry Becquerel y con Pierre Curie, su marido, en 1903, y Química, sola, en 1911. (De ocho toneladas de pechblenda aisló un gramo del nuevo elemento, el Radio).

Por este motivo nos pareció adecuado que el Instituto de Investigación y Desarrollo se adhiriera a esta celebración evocando aspectos humanos de nuestro Premio Nobel en Química, el Dr. Luis Federico Leloir.

En primer término hablará el Señor Académico Titular Dr. Rodolfo Brenner. Luego lo hará Carlos Alberto Quesada Allué, Biólogo y Dr. en Ciencias Químicas, de la Fundación Campomar, hoy Fundación Instituto Leloir; y cerraré finalmente este acto con unos breves recuerdos de este hombre extraordinario.

EL DR. LOLOIR QUE CONOCÍ

Dr. RODOLFO R. BRENNER

No recuerdo cuándo ni en qué circunstancia oí por primera vez el nombre de Leloir, del Dr. Luis Federico Leloir. Indudablemente fue luego de haberme recibido en la Facultad en 1946 y ya gozaba una aureola que comenzaba a formarse de investigador muy serio, extraordinario, con dotes especiales. Ese concepto lo documenté al tratarlo en reuniones científicas nacionales a las que se sumó su sencillez.

Los bioquímicos en esa época, presentábamos nuestros trabajos al consenso de los colegas en reuniones generalmente de Fisiología. No teníamos un foro propio y eso era por consiguiente poco positivo.

En esas reuniones sin embargo conocí más y más profundamente el pensamiento de Leloir, su capacidad y el criterio práctico al elegir un tema de investigación o aun abandonarlo cuando reconocía la ausencia de las técnicas o aun los conocimientos básicos para encararlo por prematuro. Pero sobre todo aprecié su cordialidad y simpatía.

En 1965 al llegar a la conclusión de la necesidad de crear una Sociedad Argentina de Investigación Bioquímica (SAIB), A. Stoppani y yo nos reunimos con Leloir y F. Cumar en el humilde comedor de su Instituto de la calle Obligado. Representábamos cuatro laboratorios de Bioquímica diferentes. La reunión fue breve y unánimemente creamos la ahora altamente reconocida SAIB. Ese comedor así como su laboratorio eran una nueva muestra de esa sencillez que también demostraba en el trato. El Instituto Campomar era modesto pero los proyectos científicos fueron grandes y originales y los resultados trascendieron el país. Él fue el primer presidente de SAIB y yo su secretario.

Frecuentemente lo visitaba en el Instituto Campomar, su instituto, y él me traía de regreso a casa, en su auto, un pequeño Fiat. Otro ejemplo de la ausencia de pedantería.

En 1968 fui nombrado Director Consejero del CONICET. Una designación que me enorgullecó. Al asistir a la primera reunión me

encontré en el salón, alrededor de la mesa de trabajo, a muchas personalidades de la ciencia argentina y allí estaba Leloir. Allí lo vi en otro ambiente y valoré su capacidad en la organización y apoyo a la ciencia. Las reuniones eran presididas por el Dr. Bernardo Houssay que exigía un riguroso cumplimiento de los horarios. Sus ideas eran firmes y precisas pero admitía otras opiniones y las aceptaba.

Leloir y Houssay fueron dos monumentos de la ciencia argentina, pero con personalidades muy diferentes. Houssay era adusto, poco sonriente, muy estricto, y paladín de la difusión de la ciencia en Sud América. Era un “líder”. Leloir era muy afable, sonriente, bromista, un verdadero investigador práctico y genial. Lo era por vocación y además tremendamente generoso.

Ambos, Leloir y yo, seguimos en el Directorio del CONICET hasta el año 1970, pero Leloir no aceptó la reelección.

En 1970 la VI Reunión de SAIB la organizamos y realizamos en La Plata, en la Facultad de Ciencias Médicas, y Leloir debía asistir, por consiguiente. Pero Leloir recibió el día anterior una comunicación de Suecia que le informaba haber recibido el Premio Nobel, la mayor distinción internacional en Ciencias Bioquímicas. Eso conmovió al país y nos alegró enormemente a todos.

Contra lo no esperado por muchos, pero sí por mí, no me extrañó verlo aparecer el 28 de octubre temprano en La Plata para asistir al Congreso de SAIB.

Desde que se difundió la noticia del Premio Nobel, Leloir había sido asediado por los medios de comunicación, concedida entrevista tras entrevista y recibidas felicitaciones y más felicitaciones contrariamente a su gusto y sencillez. Es lo que expresó claramente Amelia Zuberbüller, su extraordinaria esposa al comentar el hecho con Marta, mi señora, y decirle: “¡No te imaginas el infierno que provoca verse constantemente perseguida por los periodistas!”.

Esa persecución siguió en La Plata al averiguar los medios que estaba en la Facultad de Ciencias Médicas. Leloir abrumado y acorralado respondía pregunta tras pregunta y se encandilaba con los flashes hasta que en un momento me dijo agarrándose de mi brazo: “Ayúdeme a escapar, vamos al baño”. Así se recuperó por un rato.

Al final, el congreso se inició lleno de euforia y alegría. Al tener que pronunciar las palabras inaugurales, dado que yo era el presidente, y estando al lado de Leloir, el rector de la Universidad Dr. Gatti y el Dr. R. R. Rodríguez, me encontré que era extremadamente fácil hallarlas dadas las circunstancias especiales provocadas por el premio Nobel.

El congreso comenzó con éxito, pero al mediodía debimos interrumpirlo para ir a almorzar al Comedor Universitario. Allí llegó Leloir acompañado por todos nosotros, para sorpresa de los estudiantes que estaban comiendo. Pero lo que no se imaginaban y los llenó de estupor fue ver al Premio Nobel tomar una bandeja y acercarse al mostrador para recibir la comida como cualquiera. Eso provocó un tremendo estallido de aplausos que para mí fue más significativo que las demostraciones oficiales. ¡Era admiración genuina!

Luego de las sesiones que fueron exitosas y a las que habíamos invitado a dos distinguidos investigadores extranjeros, los Dres. S. Wakil y L. M. van Deenen de Estados Unidos y Holanda, respectivamente, tuvo lugar la fiesta de recepción, con música. Habíamos invitado al coro de la Facultad de Ciencias Exactas. Se hizo la fiesta, el coro fue excelente y terminó con un alegre baile, en el que las simpáticas jóvenes del coro se mezclaron con los congresistas. La tonada que cantaban terminaba con el estribillo “y los vamos a besar”. Ello produjo un efecto especial. Todos querían bailar, especialmente el Dr. Wakil quien era iraquí. Pero Leloir no quiso bailar. La fiesta duró hasta muy tarde. Lo curioso es que entre las estudiantes del coro estaba Margarita García, que años más tarde se doctoraría e incorporaría a mi Instituto el INIBIOLP, llegando a ser profesora de la Cátedra de Introducción a la Bioquímica.

Leloir traducía gran simpatía y cordialidad que condimentaba con humor. Había desarrollado una gran simpatía por Marta, mi señora, que era recíproca, a la cual tenía el placer de chumbar. Por ejemplo, conociendo las habilidades culinarias de Marta le preguntaba sobre cómo preparar ciertos platos. Algunas de esas preguntas eran sorprendentemente burlonas como por ejemplo ¿cómo preparar una vinagreta?

Hay que recordar que Leloir fue el inventor de la “Salsa Golf”. Siendo un comensal corriente del Golf Club de Mar del Plata, un día se le ocurrió agregar Ketchup a la mayonesa y así creó la Salsa Golf.

A Leloir le gustaba dejar salir su espíritu de broma en cualquier oportunidad y Marta me recuerda que caminando por Mendoza un día le dijo “Vio, Marta, todos los próceres han tomado el nombre de calles”.

Similarmente a Houssay que hizo todo lo posible por difundir y mejorar la Ciencia en Sudamérica dando normas de conducta y mejores condiciones de vida a los investigadores, Leloir también mejoró y difundió la Ciencia en el país con su ejemplo y formando jóvenes capaces. Además ayudó económicamente a aquellos que lo necesita-

ban, manteniendo un absoluto secreto. Se hacía querer además de admirar.

Leloir también fue un crítico observador de la Ciencia en Latinoamérica además de ejecutor de la misma. Fue por ello que su opinión fue requerida muchas veces. Por ejemplo tuve ante mis ojos un artículo de su autoría publicado por el diario *La Nación* el 30 de octubre de 1983, con el título “La Ciencia en Latinoamérica”. En él analiza los problemas de la Ciencia en Latinoamérica y su menor desarrollo comparado con los países del norte. Según Leloir la revolución industrial enseñó a fabricar riqueza y desde entonces la ciencia, aliada con la industria, se ha convertido en la principal fuente de poderío económico, pero Latinoamérica dista de aprovechar todas las posibilidades que brinda el conocimiento científico cosa que hizo el hemisferio Norte.

Analiza las deficiencias en la enseñanza y selección de profesores y la desproporción en las capacidades de las aulas y número de alumnos y falta de laboratorios de investigación científica en las fábricas. Además en Sudamérica usamos el idioma castellano o portugués mientras en el hemisferio norte se usa el inglés. Casi toda la literatura científica se publica en inglés.

Señala sin embargo, el extraordinario incremento científico provocado en 1958 con la creación del CONICET y también del INTA.

Propicia mayor investigación aplicada y de desarrollo y mayor inversión, pero en forma controlada para evitar despilfarro.

Por otra parte, pronostica ya en 1983 la tecnificación de la sociedad y caída en mano de las computadoras que invadirán, dice, todos los rincones del mundo. Controlarán todos los actos de nuestra vida, y quien no la sepa manejar, será el moderno analfabeto. Tenía razón.

En pocas palabras. Leloir fue un hombre extraordinario, orgullo de los argentinos.

Ese fue el Leloir que conocí y admiré.

No he querido comentar sus logros científicos porque ya lo ha hecho el Dr. Paladini en detalle.

EL LELOIR MENOS FORMAL QUE YO CONOCÍ

Dr. LUIS A. QUESADA ALLUÉ*

Mi primer anécdota con Leloir, que era un personaje mítico para los estudiantes de Química y Biología, pero poco conocido en general, fue similar a las de otros. Calculo que corría el año 1969. Yo formaba parte de una delegación de dos alumnos de la materia Química Biológica, que veníamos a entrevistarnos con el Dr. Carlos Cardini, a cargo de la misma en la Facultad de Ciencias de la UBA. Previamente yo le había enviado a Cardini un telegrama colacionado, solicitando la anulación de una medida arbitraria, tomada por un Jefe de Trabajos Prácticos. La cuestión es que con un cambio sorpresivo de reglamento, quedaban afuera del curso dos alumnos y otros quedaban en peligro. Como yo no tenía esos problemas y consideraba una obligación defendernos entre compañeros, había enviado el colacionado. Tiempo después me enteré que el mismo había causado una cierta conmoción, porque ni Cardini ni ninguno de los profesores habían recibido nunca semejante tipo de telegrama intimatorio. Aparentemente, con el ambiente jovial que había en la Fundación Campomar, Leloir y otros le habían estado tomando el pelo a Cardini, que era bastante tímido y reservado, por su inesperado problema “gremial” con los estudiantes. Pero nosotros, que concurríamos ese día a la entrevista, obviamente no sabíamos nada. Con bastantes nervios y prevención, llegamos al primer piso del edificio de Obligado y Monroe, donde estaba la Fundación. Al principio, desde el vano de la puerta, no vimos a nadie, pero luego apareció un señor mayor, con guardapolvo gris, que pensamos sería un ordenanza o quizás uno de los raros profesores o técnicos que usaban guardapolvos de color en vez de blanco. Le pregunté por el Dr. Cardini, tratando de mostrar

* Doctor en Ciencias Químicas. Tesis dirigida por el Dr. Leloir. Ex - miembro y Vicepresidente de la Fundación Campomar. Actualmente: Investigador Principal del IIBBA-CONICET, Profesor Titular Consulto de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, UBA, e Investigador Principal de la Fundación Instituto Leloir.

un aplomo y seguridad que no tenía, y él, exhibiendo lo que en aquel momento me pareció una especie de sonrisa contenida, para mí inexplicable, sin decir nada señaló con el índice hacia arriba; con lo cual seguimos subiendo hacia el segundo piso. Como se habrán imaginado habíamos conocido a Leloir quien, después supe, se había divertido mucho imaginando a Cardini, que se sentía presionado por el colacionado, teniendo que lidiar con nosotros, los “gremialistas”. Leloir era una persona parca de palabras pero enormemente expresiva por sus gestos y ademanes.

Un tiempo después comencé a concurrir al Instituto como estudiante de grado, para realizar mi Tesis de Licenciatura en Ciencias Biológicas, lo que se daba por primera vez; porque normalmente sólo ingresaban a la Fundación¹ graduados de áreas químicas o médicas, a hacer su doctorado. La cuestión es que yo concentraba una doble reticencia de Químicos, Bioquímicos y Médicos porque además de no estar recibido, era “de Biología”, disciplina bastante tenida en menos, en aquel entonces. Así que me cuidaba mucho en el trabajo diario del laboratorio, consciente de saber poca química.

Leloir casi nunca entraba en otros laboratorios. Pero un día que yo estaba en el mío, de espaldas a la puerta, con un erlenmeyer gigante de cuatro litros en la mano, lleno de caldo de cultivo, Leloir entró, preguntándome por el Dr. Belocopitow. Al sentir su voz, sorprendido, giré tan rápido que tuve la mala suerte de golpear el recipiente contra el borde de la mesada. Este estalló en mil pedazos, el líquido me bañó y Leloir, después de un instante que pareció una eternidad, se dio vuelta y se fue. Pero antes, la expresión, que parecía casi traducirse en letras en su cara, fue la de quien está pensando “¡Qué pelotudo!”. Casi tuve la fantasía de que lo escuchaba. Posteriormente, tuve ocasión de comprobar que esa habría sido indudablemente la expresión que hubiera empleado Leloir, si hubiera hablado. La cuestión es que quedé totalmente abrumado y moralmente destruido, convencido de que los “ancianos” como llamábamos los estudiantes a los profesores que dirigían el Instituto, irremisiblemente me echarían del mismo; y que lo harían de inmediato. No fue así. Nada pasó durante dos o tres meses, durante los cuales, mientras yo recu-

¹ El Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Fundación Campomar estaba asociado a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA, primero como Instituto y luego como Departamento extra-muros del Campus. También estaba asociado al CONICET (IIBBA-CONICET). Los investigadores originalmente fueron nombrados como Profesores-Investigadores y más tarde como Profesores de Dedicación Exclusiva o Parcial.

peraba mi autoestima, jamás Leloir hizo ninguna alusión a lo ocurrido. Un día, salgo del laboratorio con otro erlenmeyer igual al del aciago día, también con líquido de cultivo, y me encuentro frente a frente con Leloir, que estaba arreglando algo en el pasillo. Me miró y rápido e irónico como él era, me dijo: “¿Está por romperlo?”. Por supuesto dejándome paralizado y al mismo tiempo asombrado y divertido por el fino humor y la evidente nobleza del “Dire”, tan querido y admirado.

Más tarde, cuando ya realizaba la tesis para el doctorado bajo su supervisión, tuvimos algunos simpáticos y hasta divertidos desencuentros de tipo conceptual. Por ejemplo, cuando estábamos buscando en insectos una actividad enzimática que fuera similar a la descubierta por Leloir en mamíferos, y yo no podía detectarla con suficiente claridad, Leloir me sugería que machacara en un mortero una lombriz, con una araña, una cucaracha y todos los demás insectos y bichos que encontrara. Se divertía viendo como yo me ponía loco porque –como biólogo– la cuestión de la diferencia entre especies me parecía esencial y a él, con su intuición de Bioquímico, no le importaba el bicho sino las moléculas y las funciones. Se mofaba con sutileza y me decía que lo mío eran “prejuicios” de Biólogo. Ni que hablar que cuando hablábamos de evolución él la pensaba en función de moléculas y yo de organismos. Me escuchaba disentir y se divertía sutilmente. Era una persona alegre con fachada seria. Hubo una ocasión, no tan agradable para mí, en que me desalentó completamente de seguir estudiando la síntesis de quitina, el principal componente del “cascarón” de los insectos, porque él daba el tema por resuelto con los trabajos en levadura del Dr. Cabib, ex investigador de nuestro Instituto. Yo me resistía al razonamiento, pero como era un tema infernalmente ingrato y difícil de atacar, debí dejarlo. Aunque después se vio que yo tenía razón, nunca sabré si hubiera podido resolverlo en el término de una tesis. Pero Leloir era tan abierto y generoso que si yo hubiera insistido en el tema, aun en contra de su opinión, seguramente lo hubiera aceptado.

Mis recuerdos más “jugosos” del intercambio no-científico con el “Dire” se relacionan con los míticos sábados por la mañana. Varios investigadores jóvenes y becarios de aquel entonces tenemos recuerdos especiales de esos diálogos relajados y tranquilos de los sábados. Hacíamos nosotros mismos mate cocido, en la pava gigante usada durante la semana; y a veces el mismo Leloir lo preparaba. El Dire aprovechaba esas mañanas para preguntarme y discutir de modo general la marcha de mi trabajo de tesis. Pero sobre todo, le diver-

tía mucho venir al “Club del Café” que por entonces habíamos habilitado los “doctorandos”, en un minúsculo cuartito de la escalera. Había una cartelera donde, entre otros tópicos jocosos, colocábamos toda suerte de dibujos, chistes y alusiones referidos a los diferentes directores y miembros de laboratorios. A Leloir le encantaba leer nuestros pasquines, y deducir las opiniones y críticas de los jóvenes referidas a sus jefes y compañeros, a través de los chistes y burlas solapadas. Varias de las pocas veces en que conversé sobre temas más mundanos y personales con el Dire fue en el Club de Café. Por ejemplo, en un sábado que resultó muy especial, como yo había trabajado un tiempo en el INTA de Castelar, con el Dr. Josué Núñez, Leloir espontáneamente, para mi sorpresa, me contó que la enorme Sede Central del INTA había sido ni más ni menos que su casa, cuando era niño; y que después le había sido expropiada a su familia, por el gobierno del Gral. Perón. Leloir recordó, con una locuacidad muy poco frecuente en él, los árboles específicos, las aves, los sapos, y mil detalles ambientales algunos de los cuales creía que todavía perduraban. Se había trepado a muchos árboles y había “explorado” intensamente los campos aledaños. De algunos de sus comentarios me dio la sensación que debió ser un niño que se sintió un tanto solitario, por más que estuviera su familia y hubiera mucha presencia del personal de la casa y de la estancia.

También, sorpresivamente, una vez me preguntó por las andanzas de mi padre en tierras francesas, al término de la Guerra Civil Española. El tema surgió porque Leloir y yo habíamos nacido en Francia, él en París y yo en Burdeos. Le conté que a mi padre, como a muchos de los argentinos y sudamericanos que pelearon en España del lado de la República, los franceses inicialmente los habían internado en diversos campos de concentración, derivándolos luego al campo de Gurs, en el Béarn; relativamente cerca de Oloron Sainte-Marie. Resultó que ésa era la ciudad de donde provenía su bisabuelo y que toda su familia paterna era de origen bearnés, por lo que me habló de la región, que yo en ese entonces no conocía. Su mamá era de familia vasca. Aparentemente, los bearneses y vascos tenían más afinidad entre ellos que con el resto de España y Francia. Leloir no había conocido a su padre, fallecido antes de su nacimiento.

También durante los sábados, muy esporádicamente, tuve la rara oportunidad de intercambiar sobre algún tema social con el Dire. Él casi nunca hablaba de política. Pero tenía ideas muy firmes, desde una óptica liberal; en especial hacia todo lo referido al partido mayoritario. Aunque en general escuchaba en silencio sin opinar,

alguna vez lo hacía, escuetamente. En un par de ocasiones me animé a exponerle mis opiniones sobre el populismo, especialmente sobre el período 1943-1955; y pareció acordar con algunas. Cuando fue el mundial de fútbol de 1978, dirigiéndose a su domicilio, observó el desfile de miles de “hinchas” enfervorizados, con bombos e iconografía no sólo deportiva y sindical sino además obviamente política. Al día siguiente, refiriéndose elípticamente al presente y al futuro del país me dijo: “Quesada, no hay solución”. Me quedó grabado.

El Dire era muy bromista. En ocasiones derivaba a otros investigadores documentos traídos por personas más o menos “locas”, que solían intentar verlo. Recuerdo que una vez, muy serio, me entregó un rollo de papel de planos, pidiéndome que lo estudiara y le diera una opinión. Pensé se trataba de algo relativo a un futuro edificio para la Fundación. Cuando lo desplegué me di cuenta del chiste del Dire: era el plano detallado de un “Plato Volador”, supuestamente “levantado” por el personaje que lo trajo; explicando que había viajado en la nave, con los alienígenas. Leloir repitió la misma broma con varios miembros del Instituto, divirtiéndose con las diferentes reacciones. Hubo una época en que le dio por hacernos entrevistar, en su representación, a varios extraviados de distinto pelaje. Una vez, el Dire insistió en que yo atendiera a un auténtico “Químico loco”, que traía largos memoriales escritos en papel celeste, explicando cómo lo espiaban día y noche. El hombre estaba totalmente paranoico e interpretaba los eventos más triviales como producto de la maquinación de quienes lo observaban, para envenenarlo, raptarlo o asesinarlo. Resultó que en sus delirios había una cierta base de lejana lógica, según pude reconstruir más tarde. Se trataba de un químico tecnólogo que había trabajado en Estados Unidos, durante la post-guerra, en proyectos militares de investigación, altamente secretos. Había tenido algún entredicho laboral y posteriormente habría estado muy controlado. Esto aparentemente derivó en un creciente desquicio mental, que lo obligó a regresar a la Argentina, donde al cabo de un tiempo, progresivamente, entró en un estado de extrema paranoia irreversible. Aunque de a ratos parecía lúcido y normal. La cuestión es que yo traté de explicarle a Leloir qué partes de los escritos y de la locura me parecían algo “coherentes” y qué partes eran puro delirio. El Dire, que se divertía y se burlaba bastante de mi propensión a considerar posibles algunas teorías conspirativas, me decía, socarrón: “Este tema es para Ud.”. Y me seguía derivando al “químico loco”, que vino varias veces.

Leloir, además de genial y ocurrente en lo científico, tenía un fino sentido del humor y desplegaba una ironía inigualable. A pesar

de pertenecer a la clase social tope, había sabido apreciar e incorporar en su juventud mucho de la picaresca y el “folklore” típicos de ambientes tan diferentes como el polo, las guardias hospitalarias, la Universidad, los hombres del campo, el club de golf, y otros entornos peculiares y/o sofisticados. Era todo un personaje, que nunca olvidaremos.

EL LELOIR QUE CONOCIMOS

Dr. MARCELO A. DANKERT

¿Cómo conocí al Dr. Leloir?

Yo estaba trabajando en la Comisión Nacional de Energía Atómica, CONEA, en el Departamento de Química Orgánica, en la síntesis de compuestos radioactivos de interés biológico. Y allí me encontré con el Dr. Héctor Carminatti, también químico y ex compañero del Colegio Nacional de Buenos Aires.

Carminatti, ya especializado en radioquímica, estaba trabajando en el Departamento de Química Biológica de la CONEA. Y, además, a pedido del Dr. Leloir, se hallaba en comisión en el Instituto de Investigaciones Bioquímicas Fundación Campomar, dedicado a la preparación de compuestos radioactivos de interés para la Fundación. Al enterarse de que yo andaba en algo parecido no vaciló en entusiasmarme para que lo acompañara alguna vez a la Fundación y asistiera, por ejemplo, a alguno de los seminarios, o charlas, vinculados al trabajo en desarrollo, que todos los días presentaban, durante la hora del almuerzo. Tanto insistió que finalmente un día me armé de coraje y partí para esa prestigiosa Fundación.

Confieso que me sentía bastante atemorizado, no sólo por la fama de “la Campomar”, sino porque me sentía también un poco como un intruso, un metido a quien nadie había llamado.

Llegué al edificio, bastante moderno, al que se habían mudado hacía poco. Allí me enteré de que en la planta baja y en el subsuelo trabajaba nada menos que el Dr. Bernardo Houssay, ya premio Nobel, y su gente. El Dr. Leloir ocupaba el primer piso. Hacia allí me fui, trepando una gran escalera tipo caracol, muy luminosa. Y di con una puerta doble, cerrada. La abrí tímidamente y di con un pasillo transversal poblado de mesas recostadas contra las paredes y ocupadas con los elementos más desconcertantes: cacerolas, balones y toda clase de equipos de vidrio combinados con montajes de madera de evidente fabricación doméstica. Al frente, a mi izquierda, una gran

heladera de carnicería, revestida de madera, imponía respeto. Y a mi derecha, un mueble metálico blanco, de función para mi desconocida, semiocultaba a un personaje tendido en el suelo cuan largo era, de guardapolvo gris (con múltiples reparaciones) y pantalón azul claro, también bastante amortizado. Me llamó la atención la buena calidad de los zapatos.

Muchachos jóvenes iban y venían por el corredor sin prestarme mayor atención, hasta que me animé a detener a uno de ellos y preguntarle por el Dr. Leloir: “Sí, sí, ya lo va a atender”, me contestó y siguió caminando. Bastante desconcertado (no lo veía a Carminatti por ninguna parte), seguí esperando hasta que pasara algo.

Y pasó: el personaje que estaba tirado detrás del mueble blanco (que esultó ser una centrífuga refrigerada) se levantó ágilmente y, todavía con una llave inglesa en la mano, o un detornillador, no me acuerdo bien, muy cordialmente me dice: “¿Usted me buscaba?”. ¡Era Leloir!

¡Yo no podía creer! Acostumbrado a la formalidad de la CONEA, donde los jefes tenían sus despachos en el primer piso, con salitas de espera y ordenanzas llevando bandejas con cafecitos de aquí para allá; y uno debía anunciarse con cierta anticipación para concertar una entrevista, este señor, que ya era famoso (todos los años alguien lo presentaba como candidato a Premio Nobel) me recibía a mí, un modestísimo principiante, con la sencillez y naturalidad de un viejo conocido. Como pude, le expliqué mi intención de pedirle permiso para asistir a los seminarios, lo que aceptó sin objeción alguna. Sólo me recomendó: “¡Tráigase algo para comer!”...

Los almuerzos comenzaban a la una del mediodía, y el orador de turno presentaba el seminario a la una y media. Duraba aproximadamente una hora, y si bien lo presentaba con absoluta seriedad y precisión, no estaban ausentes las bromas y el sentido del humor, todo en un ambiente de gran cordialidad.

Recuerdo especialmente un seminario que comentó el propio Dr. Leloir, porque todos los miembros del Instituto sin excepción, debían presentar uno, elegido por él mismo, siguiendo una rigurosa lista confeccionada por el “Ministro de Seminarios”. Los trabajos se tomaban de las revistas más recientes. En este caso el trabajo se refería a un tema vinculado a uno de los grandes hallazgos obtenidos en el Instituto: el en inglés llamado Uridine Di Phosphate Glucose y, abreviado, UDPG. Fue el primer componente de una familia de compuestos bautizados “nucleótido-azúcares”, de enorme importancia, no sólo en el metabolismo de los hidratos de carbono, o azúcares, sino

también en el de los glicolípidos, las glicoproteínas y los ácidos nucleicos.

En el trabajo comentado se describía la presencia de glucosa en el ácido desoxiribonucleico (ADN) en unos bacteriofagos (virus que atacan bacterias) que los autores habían aislado y caracterizado. A los distintos grupos los habían llamado T1, T2, T3, T4,....T7 (T quiere decir Tipo). El Dr. Leloir destacó que solamente los fagos T pares estaban glucosilados y que el agente dador de glucosa era el UDPG. Y continuó describiendo los estudios realizados.

El Dr. José Manuel Olavarría, un joven y brillante investigador, se quedó pensando un rato y finalmente levanta la mano y con toda seriedad le comenta al Dr. Leloir que no entiende bien por qué sólo se encuentran glucosilados los fagos T pares.

El Dr. Leloir inmediatamente y con toda seriedad le responde: “¡Y cómo quiere que estén glucosilados los impares!...”.

Olavarría, totalmente desconcertado ante respuesta tan tajante, se arrebujó en su destartado sillón, convencido de que algún detalle muy importante se le había escapado. Pero no se rindió; continuó pensando y al rato, ya rearmado, vuelve a levantar la mano y a preguntarle a Leloir: “¡Doctor, yo no veo ninguna razón para que no se glucosilen los impares!”.

Y Leloir, ya con una sonrisa de oreja a oreja le responde: “¡Y qué sé yo, Olavarría! ¡Eso es lo que dicen los autores!”.

Todos nos reímos distendidos...

El buen humor y la cordialidad en Leloir eran permanentes. No obstante su complejo cargo de “Director del Instituto de Investigaciones Bioquímicas Fundación Campomar”, todos los miembros del Instituto lo llamaban afectuosamente “Dire”.

Solamente una vez lo vi enojado, yo diría, furioso.

Todos los años los distintos grupos de investigadores presentaban sus proyectos de trabajo y, todos reunidos, se presentaban al CONICET como proyecto general del Instituto, solicitando un subsidio global.

Pero en una oportunidad en que unos pocos estábamos de sobremesa conversando, en el comedor-biblioteca-salón de actos, entra muy preocupado el Dr. Romano Piras esgrimiendo un papel: “¡Nos rebotaron el pedido de subsidio del CONICET!”, nos dijo muy afligido.

Todos nos quedamos consternados. Leloir atinó a decir: “¡Y bueno!”. Y se puso colorado como nunca lo había visto.

Al día siguiente las primeras planas de los diarios anunciaban: “Premio Nobel para un argentino: ¡El Dr. Luis Federico Leloir!!!”.

¡Y el día anterior él ya lo sabía, pero no había dicho nada!

El otorgamiento del premio Nobel alteró significativamente la vida del Instituto, sobre todo en los primeros tiempos. Las visitas inesperadas, los llamados telefónicos y el requerimiento periodístico eran para agotar al más voluntarioso.

Leloir no perdió la serenidad.

Un día lo encontré en la antecámara del cuarto frío, donde había una mesada bastante fuerte, algunas herramientas y toda clase de recortes y desechos de madera, de aluminio y de hierro y era pomposamente llamado “el taller”.

“¿Qué está haciendo, Dire?”, le pregunté. Y me contestó con evasivas incomprensibles. Pero tenía un listón de aluminio en la mano como de 80 cm de largo. ¿Qué pasaba?

La puerta de entrada al laboratorio de Leloir quedaba justo enfrente de la entrada al Instituto y al abrirla, por la rendija entre el marco y la puerta, a la altura de las bisagras, cualquiera que recién llegara podía ver el interior del laboratorio y por lo tanto saber si Leloir estaba o no en él.

El Dire, con su talento simplista, se limitó a clavetear a lo largo de la puerta y tapando la rendija, la planchuela de aluminio que acababa de recortar, y de esta manera recuperar su privacidad, aun con la puerta entreabierta. Por teléfono se podía comunicar con su secretaria y tomar las decisiones más adecuadas.

Por otra parte yo creo que Leloir gozaba pasando desapercibido, eludiendo toda pompa y distinción. El episodio ocurrido en ocasión de la inauguración del nuevo edificio de la Fundación Campomar, en Parque Centenario, lo ilustra con toda claridad.

El entonces Intendente de la Ciudad de Buenos Aires, Brigadier Osvaldo Cacciatore, le había ofrecido al Dr. Leloir varios terrenos y finalmente se pusieron de acuerdo en que los de Parque Centenario eran los más adecuados. Cacciatore, además había vinculado a la Fundación con una serie de empresas y de empresarios que activa y económicamente contribuyeron a hacer posible la construcción del nuevo edificio. En su carácter de Intendente Cacciatore contaba además con toda la parafernalia, ordenanzas, guardias, porteros, etc., de la Municipalidad, de manera que la Inauguración se llevó a cabo con todas las exigencias del caso.

Poco antes de la hora anunciada para la inauguración estaciona frente al nuevo edificio, un modesto Fiat 600, desciende un señor de estatura mediana, sube pausadamente las escaleras del flamante edificio y al intentar penetrar al mismo un celoso guardia lo detiene:

—¿Tiene invitación, señor?

—No, no tengo —contesta serenamente el individuo.

—¡Entonces no puede pasar! ¡Es indispensable presentar la invitación!

El Dire, tras pensar unos minutos, dice entonces:

—Pero... ¡yo soy Luis Leloir!

—Sí, sí, está muy bien. Pero sin invitación no se puede pasar.

—Pero... ¡Si yo no entro no se puede iniciar el acto!

—Entiendo, entiendo. Pero sin invitación no se puede pasar.

Yo tengo la impresión de que en esta situación Leloir estaba más divertido que ninguno. Lo cierto es que en ese momento alguien del Comité Organizador, que lo conocía, lo ve y exclama: —¡Ah! ¡Doctor Leloir! ¡Llegó! ¡Adelante por favor!

¡Y el severo guardián miraba sin comprender!...

Finalmente, otra virtud incomparable de Leloir fue su increíble generosidad. Cuanto recurso recibió, sueldos como Profesor Titular de la Universidad de Buenos Aires, premios, donaciones, etc., los volcaba a la Fundación, incluyendo dos tercios del premio Nobel. El tercio restante lo donó a la Fundación que dirigía el Dr. Pontis, en Mar del Plata. Tuvo la delicadeza de comunicármelo, y por supuesto respondí que el premio era suyo y podía hacer lo que quisiera.

Además, en los primeros tiempos él compraba todas las revistas de su bolsillo. Nos costó mucho convencerlo de que se debía pedir un subsidio para pagar las revistas y finalmente aceptó. No obstante, después de su desaparición, algunas revistas dejaron de llegar y la bibliotecaria reclamó por ellas. Lo sorprendente fue que las respectivas editoriales contestaron que las suscripciones no habían sido renovadas. Por algún error no se habían incorporado al presupuesto de la Biblioteca ¡y el Dr. Leloir las siguió pagando de su bolsillo sin decir nada durante años!

Personalmente me siento un privilegiado por haber compartido tantas horas de trabajo en su Instituto, tratando de seguir su ejemplo de tesón, paciencia, trabajo tenaz inteligente, cordialidad y buen humor. Trabajó hasta el último día, en que volvió un poco cansado a su casa. Se sentó en un sillón y se quedó dormido... para siempre.

Era el 2 de diciembre de 1987.

MESA DIRECTIVA

- 2011-2013 -

Presidente

Dr. HUGO FRANCISCO BAUZÁ

Vicepresidente 1°

Dr. MARCELO A. DANKERT

Vicepresidente 2°

Dr. FAUSTO T. L. GRATTON

Secretario

Ing. JUAN CARLOS FERRERI

Prosecretaria

Dra. AMALIA SANGUINETTI DE BÓRMIDA

Tesorero

Ing. LUIS ALBERTO DE VEDIA

Protesorero

Ing. ANTONIO A. QUIJANO

Director de *Anales*
Académico Titular Dr. Alberto Rodríguez Galán

Consejo Asesor de *Anales*
Académico Titular Dr. Amílcar E. Argüelles
Académico Titular Dr. Mariano N. Castex
Académico Titular Dr. Roberto J. Walton

Secretaria de Redacción
Dra. Isabel Laura Cárdenas

Impreso durante el mes de diciembre de 2011 en *Ronaldo J. Pellegrini Impresiones*,
Bacacay 2664, Depto. 23, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina
correo-e: pellegrinirj@gmail.com